

El puente Worme

Cat Hellisen

Cat Hellisen es una escritora y artista sudafricana nacida en Cape Town. En 2015 obtuvo el Short Story Day Africa Prize por el relato "The Worme Bridge" ("El Puente Worme"), que integra esta colección. Escribe retorcidas y siniestras historias de fantasía para niños y adultos. Sus novelas *When the Sea is Rising Red* (Farrar, Straus and Giroux, 2012) y *Beastkeeper* (Henry Holt, 2015) ponen en escena a personajes marginales que no hallan su lugar en el mundo. Dentro de su producción novelística también se destacan *House of Sand and Secrets* (Folded Wherry, 2013) y *Charm Smashwords*, 2015). Ha publicado diversos relatos en revistas como *Fantasy and Science Fiction*, *Tor* y *Apex*. Cuando no está leyendo o dibujando, le gustan las largas caminatas y el patinaje sobre hielo. Aunque no al mismo tiempo.

Cuando fui lo bastante mayor como para poder ir a la tienda a comprarle cigarrillos a mamá, ella decidió que ya era demasiado mayor como para creer en pavadas como Santa Claus, el ratón de los dientes y las hadas que viven en el fondo del jardín. En su lugar, tenía que aprender cosas reales, como qué había sucedido realmente con Pa y con mi hermano mayor Matty, y qué es lo que le iba a pasar a ella.

Es por eso que, desde que Pa murió, me hizo tomarlo como medicina bien enterrado en mi comida, para evitar la enfermedad.

Ma no podía caminar bien porque le dolían los pies ahora que se habían vuelto escamosos y sin huesos, y nadie iba a querer atender a Matthias por el olor, aun si hubiese podido ir de compras. Cosa que no podía hacer. Matty había nacido así, me dijo Ma, con las piernas fundidas entre sí como dos velas encendidas muy cerca una de otra y dejadas ahí olvidadas.

Los viajes no estaban tan mal. Me gustaba la caminata pasando por todas aquellas casitas cuadradas con sus paredes de cemento con ruedas de carro de bueyes, con su ropa lavada y su humo de chimenea, jugando con el encendedor en el bolsillo y pensando en las cosas que podría quemar. Me gustaba hacer como que nadie me veía, caminando hacia la tienda de

la esquina donde los hombres indios me vendían cigarrillos aunque solo tuviera diez, porque conocían a mi mamá e imaginó que debían sentir lástima por ella. La caminata ida y vuelta me llevaba el doble de tiempo de lo debido porque tenía que ir a la segunda tienda más próxima. La más cercana significaba ir a lo largo del río y cruzar el puente peatonal construido en 1809 y nombrado en honor a un hombre muerto, me imagino que el que lo construyó en 1809. O quizás solo mandó a otra gente a construirlo en 1809. Estaba muy orgulloso de él, porque le puso una enorme piedra justo en el frente, que decía “Construido en 1809”, como para que no nos olvidáramos. El hombre también se llamaba Matthias, pero en lugar de eso llamaron al puente “Worme”.

Para cuando volvía con Ma, siempre deseaba que no hubiese impuesto esa regla sobre el puente y el río. Algunos días hacía tanto calor que el alquitrán se derretía debajo de tus pies y te daba gratis suelas nuevas, y a veces hacía tanto frío que no podías estar seguro de tener pies y debías revisarlos en la puerta antes de entrar a la casa. *¿Hay pies dentro de mis zapatos? ¿O también tengo la enfermedad?*

Les aseguro que era un gran alivio encontrar todos mis dedos en el orden correcto y con la cantidad correcta de piel y huesos. Los extrañas horriblemente cuando no los tienes.

Le abría la caja de cigarrillos a Ma mientras ella temblaba, envuelta en una manta para perros que compró barata en Pick n Pay. La piel de sus manos le dolía demasiado como para hacerlo ella misma. Yo adoraba arrugar el plástico transparente, delgado como el sueño, el desgarró lento. Adoraba quitar el papel plateado y encontrar los veinte palitos, prolijos como soldados. El olor a tabaco nuevo, antes de que se lo comiera el fuego. Respiraba hondo, y luego tomaba el del medio para sacarlo. La paja virgen.

Si hubiese sido mi paquete de cigarrillos, hubiese tomado ese, lo hubiese girado y vuelto a poner, el filtro hacia arriba. Soy lo bastante mayor como para saber sobre vírgenes, pero demasiado mayor para las hadas.

Ma siempre fue así –diciéndome en qué cosa ya era tiempo de que creyera. Yo sabía sobre vírgenes porque una vez decidí que yo necesitaba un dios, o todos lo necesitábamos, así que nos llevó a mí y a Matty a la iglesia –empujándolo durante todo el camino en un carrito bajo de madera con ruedas de cochecito de bebé. Nos tuvimos que sentar en bancos de iglesia duros y fríos y escuchar al hombre ahí arriba contarnos cosas de la Biblia. Eso fue cuando Matty estaba vivo, por supuesto. Después no llevamos más su cuerpo retorcido y hediondo a la iglesia, aunque ellos parecían amar creer en gente muerta.

La iglesia era aburrida, y como Matty no se podía sentar con propiedad, se la pasaba dando vueltas en el banco y cayéndose y siendo una molestia para todos, así que la gente nos miraba y susurraba y meneaba la cabeza. También era porque Ma era soltera. Yo tenía un papá, pero murió antes de que Matty naciera, así que era difícil explicarle a la gente cómo podía ser eso. Pensaban que Ma era una prostituta. Otra palabra que ya era bastante mayor como para conocer.

Más allá de todos los idiotas había algo lindo, y era cantar. Durante los ratos aburridos el hombre ahí arriba decía *todos de pie y vayan a la página tal del libro de himnos*, y cada persona que todavía tenía su cuerpo movía las páginas con susurros y crujiidos y chasquidos hasta que encontraba la correcta. No Matty, él solamente daba vueltas, jadeando porque ya entonces no podía respirar con propiedad. Pero yo me paraba, y Ma junto a mí, y compartíamos el libro de himnos que era un libro grueso con páginas hechas de alas de hada. Nos uníamos en alabanza al señor resucitado, que creo que era Jesús o su papá, dado que de

hecho eran la misma persona. Y ese chico Jesús estaba muerto y entonces vivía de nuevo, y toda la gente de la iglesia estaba bien con eso, y hacía canciones al respecto. Así que pueden ver por qué yo no lograba entender que no lograsen lidiar con Pa o con Matty.

La música era lenta y triste y llena de agua, y era como ahogarse, pero más lindo. Había una anciana que tocaba el órgano, que era una cosa grande como un piano pero con otro sonido, un sonido de olas. Hacía música que rompía justo sobre tu cabeza. Luego todas las voces frías y profundas de los hombres se elevaban con corrientes y olitas y remolinos de sonidos más altos, como agua tibia bajo el sol.

Y yo también cantaba, tomando la melodía y dejando que me empujara; las notas, destellos de peces, cardúmenes de sonidos brillantes que corrían por el río del órgano. Y así es como sé sobre vírgenes, porque ellos la tenían con que la mamá de Jesús era una virgen y Ma debió explicármelo ahí en la iglesia porque yo no paraba de preguntar.

Y luego un día Ma decidió que, después de todo, no necesitábamos un dios y nos quedamos de nuevo los domingos en casa. Tuvo que ahogar a Matty y no había forma de explicar esa clase de cosas a la gente de la iglesia.

“¿Sanette? ¿Eres tú?”, me preguntó Ma desde dentro de la casa, aunque jamás viniera nadie más. Suspiré y arrojé los zapatos para poder desenrollar las medias y revisar mis dedos de los pies. Era invierno –el tercero desde que Ma llevó a Matty al río, y el segundo desde que sus propios pies se rindieron. Todos mis dedos estaban “presentes”, que es lo que respondes en la escuela cuando la maestra dice tu apellido en clase.

A mí siempre me nombran última: “Worme”.

Y mi respuesta es: “Presente, *mejevrou*”. Como si yo le estuviera dando un regalo, cosa que no, a menos que sea el regalo de mi presencia, lo que es un juego de palabras, dice

Matty. También tengo que llamarla *mejevrou*, aunque se trate de una escuela inglesa, porque ella dice que *miss* es lo que hacen las vacas.

Retorcí todos mis dedos de los pies, uno a uno. “*Ja, Ma*”, dije. Entonces fruncí el ceño, porque uno de los meñiques estaba duro y un poco azul, pero no podía saber si era por el invierno, o porque estaba descendiendo por el camino de la enfermedad. Ma siempre decía que estaría bien porque mis piernas eran derechas y fuertes, y eran solo los varones a los que había que ahogar y traer de vuelta. Pero eso era antes de lo de sus pies, así que ahora estoy extra asustada todo el tiempo.

Me cubrí rápido los dedos, los froté fuerte para que entraran en calor y los enterré de nuevo en los zapatos de colegio, que eran negros y lindos, con una tira y un aplique floral, y eran más caros que los Mary Janes comunes. Tenía pies, así que todo el dinero para zapatos era para mí.

“Tengo tus cigarrillos, Ma”. Tomé la bolsa de plástico. Cigarrillos para Ma, un Kit Kat para mí y una lata de sardinas para Matty. Salté sobre los pequeños salientes de madera de los escalones de la puerta y entré.

El olor era muy malo en casa. En parte por Matty, pero también por Ma sentada con los pies en una palangana negra de plástico con agua caliente y envuelta en la manta para perros, esperando permanecer humana, y en parte porque guardábamos los huesos de Pa. Aunque estaban completamente secos, todavía salía de ellos un olor extraño, como de piel de víbora o lagartija. Estaban en una caja cubiertos de conchas marinas y el interior forrado con fieltro rojo. Una caja muy cara –casi cien rands– pero no muy grande, porque no quedaban muchos huesos. Ma los seguía moliendo y alimentándome con ellos.

“Aquí tienes”, dije, abriendo la caja de cigarrillos tan despacio como pude. Doblé el papel plateado con prolijidad y me lo puse

en el bolsillo del *blazer*, saqué la primera paja virgen y la encendí con el encendedor amarillo que usaba solo para los cigarrillos de Ma, y no para otra cosa, como incendiar los tachos de basura del colegio. El humo olía como la muerte de las hadas y Santa Claus. El humo olía como aprender la verdad y siempre hacía que me ahogase. Le pasé el cigarrillo encendido y me agaché para mirar sus pies.

Estaban yendo mal. No necesitaba ser doctor para darme cuenta de que se estaban volviendo largos y delgados y que se podía ver a través de ellos, como en los de Matty. La piel de los tobillos era gomosa, fundiéndose entre sí. Había lugares en carne viva de brillante rojo pálido ahí donde se había sacado la piel. No importaba. En pocos meses, Ma estaría tan mal como Matty. Ya empezaba a oler a descomposición. Peor que los cigarrillos y no lavarse. “¿Estás bien, Ma?”

Asintió, y sopló el humo para que yo no pudiera ver la expresión en sus ojos. Recién empezó a fumar cuando sus pies comenzaron a cambiar, y creo que fue porque pensaba que el olor a cigarrillo cubriría el otro olor. El que, definitivamente, era cada vez peor. Quizás ella y Matty no se daban cuenta porque estaban envueltos en él todo el día como en una colcha, pero yo todavía salía y sabía que la gente sana con dos piernas buenas y fuertes no olía como hígado de bacalao pudriéndose en una botella dejada bajo el sol en el alféizar de la ventana.

“Ma, ¿dónde está el carro viejo de Pa?”, dije, porque a los trece ya estaba aprendiendo a ser práctica. Habíamos usado el carro para llevarlo a Matty al colegio y a la iglesia, y entonces, justo al final de su primera vida, para llevarlo al puente familiar construido en 1809, donde probablemente el primer Worme había tenido que ahogar a alguien de su familia.

Ma tosió, ahogándose con su oloroso cigarrillo. “Todavía no necesito el carro”, dijo y señaló sus pies. “Ahora estoy bien, el agua ayuda”.

El agua solo iba a ayudar con el dolor por un tiempo, ambas lo sabíamos. Hacia el final, pusimos a Matty en el baño, tratando de demorar el proceso con agua limpia, raspándole las escamas y cortando sus dedos para intentar separarlos. Él lloraba cuando Ma tomaba el cuchillito para pelar vegetales y lo deslizaba por la piel que crecía delgada entre sus dedos, pegándolos. Nunca lloraba en voz alta, pero volvía la cara hacia la pared y sus hombros temblaban. Ma dejaba caer los pedazos de piel en un bol de plástico que yo le sostenía, y luego yo los enterraba en el jardín.

Pero a pesar de todo el cortado y enterrado, no pudimos impedir que su interior cambiara, ni ayudarlo a que sus pulmones funcionaran. Teníamos que ahogarlo. Después de todo, era la forma más rápida de liberarlo.

Habíamos ido de noche, Matty agachado y cubierto por una sábana sobre el carro, rebotando camino abajo por el pavimento arenoso que siempre estaba lleno de baches por la lluvia de verano, rumbo al río y al puente Worme.

Ma lo había ahogado. Yo me quedé sentada junto al río con las rodillas levantadas contra el pecho y lloré, porque diez es muy chica como para saber que algunas veces tus padres tienen que hacer lo que es mejor para ti, aunque te duela. Aunque les duela.

Luego de esto, arrastramos a Matty de vuelta a casa, otra vez envuelto en la sábana, y tres días después decía que se sentía mucho mejor y que lamentaba que mamá estuviera tan triste.

Observé a Ma fumar sus cigarrillos y oler como pescado rancio antes de dejarla e ir al baño. La puerta estaba cerrada, así que golpeé, y después de un rato Matty me dijo que entrase.

“¿Cómo estuvo la escuela?”, preguntó. Todavía podía hablar, aunque era difícil entender las palabras a menos que supieras lo que estaba diciendo. Por otra parte, también olía terriblemente. No a descomposición, como Ma, sino como un puerto lleno de focas y algas.

“Bien”, le dije. “Tuviste suerte de perdértelo, creo que es la centésima vez que aprendemos sobre el Gran Trek”. Lo que es en esencia la historia de cómo un puñado de holandeses en el Cabo se enojaron con los ingleses y marcharon hacia el interior del país, y en general la pasaron horrible pero decían que dios estaba de su lado, así que los ayudó a matar a un montón de gente negra, lo que, en realidad, parece un poco injusto para con los negros. Este dios, yo no sé.

“Te traje algo”, le dije, y abrí la lata de sardinas.

Matty las tomó con una amplia sonrisa, lo que era espantoso porque se le habían caído todos los dientes y su boca estaba llena de finas esquiras blancas. Yo ya me había acostumbrado, pero me imaginaba que cualquiera que lo viera se horrorizaría. Y gritaría, y quizás trataría de darle en la cabeza con una espada.

Esperé a que terminara su comida, lo que quedaba del aceite goteándole por la garganta, y que me diera la lata vacía antes de hablarle de Ma.

Frunció el ceño. “Me estaba preguntando por qué ya no venía a visitarme”, dijo, y pude escuchar cuán triste lo ponía. “Pensé que quizás ya se había hastiado de verme”. Señaló sus piernas debajo del agua, fundidas juntas y de un verde platinado y marcadas por crestas blancas. Al principio Ma había tratado de rasparlas con el lomo de un cuchillo, pero desistió después de que él murió y ahora habían crecido a placer. Algunas escamas eran hermosas, plateadas y del tamaño de mi uña del dedo pulgar, otras eran retorcidas y pequeñas y de un gris aburrido. En algunos lugares no habían salido escamas, y la piel era blanca y cruda. Sabía que le dolían esas cicatrices en carne viva. Nunca le haríamos eso a Ma, pero no podíamos evitar que se lo hiciera ella misma.

“Definitivamente se está volviendo rara”, dije. Curvé mis dedos del pie, y en uno sentí la punzada y el dolor. Yo no. Yo no

iba a. Mis piernas estaban bien. Yo no iba a morir. Pero Ma sí. “Esta noche voy a desempolvar el carro del garaje. Lo vamos a necesitar pronto”.

Matty no dijo nada, solo agitó los dedos palmeados en el poco de agua en que lograba moverse, y suspiró profundamente. Cada tanto tenía que girar el cuerpo para meter la cabeza bajo el agua por un momento y así humedecer sus branquias. Era capaz de respirar afuera del agua por un ratito si era necesario, pero prefería hacerlo de otra manera: por las branquias.

Saqué el tapón para drenar algo de agua, y abrí la canilla para que corriera agua nueva y fría. Matty no sentía el frío como yo. Estar templado hacía que fuera difícil respirar, aunque él lo siguiera intentando porque hacía que aún se sintiera humano. “Si debo ahogar a Ma”, le susurré, “vas a tener que mudarte al río”. Había un solo baño en la casa Worme. Los Worme que habían muerto no pudieron sobrevivir fuera del agua. Fíjense en Pa. O lo que quedaba de él.

“No va a ser tan malo”, dijo Matty, lo que era mentira. Matty estaría en el río, y Ma viviría en el baño. Y yo —yo tendría que seguir moliendo lo que quedaba de Pa y rociarlo en mis sándwiches para evitar transformarme. Tendría que comprarle a Ma sardinas con el poco dinero que guardaba debajo del colchón, y verla sola y muerta.

“Si le pasó a Ma”, dije, “hay chances de que me pase a mí”.

Ni Matty podía mentir tanto, no mirándome a la cara. “Quizás”, dijo. “Pero Ma es vieja, y le dio recién ahora. Tienes muchos años por vivir”.

Años. Una vida entera viviendo en la casa Worme, con mi mamá muerta en la bañera como única compañía, y pudiendo pasar tiempo con mi hermano mayor solo cuando no hubiese luna y pudiese rezar al Jesús muerto que revivió, para que nadie me viera escabulléndome hacia el río.

Primero llevé a Matty hasta el río. Habían pasado tres meses desde que habíamos hablado de matar a Ma, y el invierno se iba suavizando un poco en los bordes. La mayoría del tiempo Ma casi no podía respirar, y ya no me mandaba a comprarle cigarrillos. Había rechazado el último paquete que le había comprado, y yo lo guardé, sellado y nuevo. Como un recordatorio. “Es hora”, le dije. “Esta noche no hay luna, y estará lo suficientemente oscuro”. Podía llevarlo a Matty rodando en el carro, envuelto en su sábana. Podía respirar lo suficiente como para llegar hasta el río, lo sabíamos. Si la gente escuchaba el traqueteo nocturno de las ruedas del cochecito, pensarían que era algún mendigo buscando desperdicios, hurgando en los tarros de basura. Nadie saldría a ver qué pasaba.

Esperamos a que cayera la oscuridad y se iluminaran las estrellas. Cuando no hay luna, las estrellas brillan mucho más, como si quisieran compensar todas las veces en que la luna les roba el brillo. *Cuando el gato no está, los ratones juegan*, pensé, y vi a las estrellas como pequeños ratones brillantes saltando aquí y allí, buscando migas en la noche. Era mejor que pensar en lo que íbamos a hacer.

Era mejor que pensar en la uña que encontré dentro de mi media, y cómo mi meñique había empezado a ponerse largo y delgado, y cómo podía ver el hueso a través de la piel, cómo se doblaba con facilidad, semejante al cálamo de una plumita. Qué esponjosa se sentía la piel de mis piernas.

Lo llevé a Matty, medio arrastrándolo, al carro, y cuando estuvo en su lugar arropado con firmeza, tomé la soga de plástico grueso, que mordió la piel blanda de mi palma, y tiré de él por el camino hacia el puente Worme. Matty entró sin dificultad al agua y se estiró, moviendo los largos huesos de sus pies. De su cola. Pertenecía a aquí. Había que ser un ciego idiota para pensar que no. Y Ma también.

“Ahora vuelvo”, le dije. Asintió. Había prometido ahogarla. Sería más fácil para él, estando ahí en el río. No tenía sentido que yo me empapara, y yo ya había tenido que hacer todo el trabajo duro de arrastrarlos a los dos hasta el agua.

Ma no discutió. Ahora sus piernas estaban casi completamente pegadas, y ya no tenía pies. Solo una gran cola partida como un pez mal pegado. Había dejado de rascar las crecientes escamas más pronto de lo que había hecho con Matty, así que ya estaba plateada. Sus piernas asexuadas estaban desnudas, pero llevaba puesta una remera grande y holgada.

“No voy a ir por ahí desnuda como una prostituta”, me dijo. “Voy a ir hacia mi muerte con dignidad”.

Ella era mucho más pesada que Matty, aunque al menos podía ayudarme más. Después de un puñado de jadeos y maldiciones la subimos al carrito, y comencé la última marcha descendente, el carro prácticamente a la carrera, por lo que tenía que apurarme para seguirle el ritmo y que no se volcara en el pavimento y la mandara a Ma rodando colina abajo como un enorme atún muerto.

Empujé el carro hasta un alto cerca de la orilla, abriendo la piel hinchada de mis palmas, cojeando hacia Ma para ayudarla a bajar hasta el borde del agua. El dedo del pie nuevo me dolía, estrujado dentro del zapato. Por suerte habíamos planeado todo antes, los tres, y Ma fue hacia el agua como una mujer yendo hacia Juan el Bautista, que era amigo de Jesús y que también, primero, lo había tenido que ahogar.

No llevó mucho tiempo, a pesar de que ella se debatió bastante mientras Matty la mantenía sumergida.

Durante su lucha, yo me deshice de mis zapatos y me senté en el puente, mi trasero humedeciéndose con el rocío temprano y las piernas colgando sobre el borde del agua, mientras me inclinaba sobre la baranda y observaba.

Mi dedo resplandecía bajo la luz de las estrellas, plateado pálido y nuevo. Junté con fuerza las rodillas, y sentí la piel ceder levemente, la sangre y las venas debajo llamándose unas a otras, yendo hacia una unión.

La cabeza de Matty emergió del agua, y sus dientes de aguja brillaron al sonreír.

“¿Listo?”, pregunté. Dentro del bolsillo cerré los dedos alrededor de la caja de cigarrillos y la saqué para desenvolver despacio el plástico delgado, doblar el papel plateado y elegir la paja virgen. Golpecé el cigarro con una uña, esperando. Un momento después, la cabeza de Ma salió junto a la de Matty. Se quedaba en el río, no habría tres días de renacimiento para ella. Era mejor así. Mejor dejar ir a la muerte que tratar de aferrarse.

Tomé el encendedor amarillo del bolsillo y pensé en lo rápido que ardería la casa Worme. Para cuando llegasen los bomberos, me habría ido. No tendrían idea de dónde encontrarme. Deslicé el cigarrillo de Ma entre mis labios y cerré los ojos. El fuego brilló y aun a través de los párpados cerrados pude ver su rojo cálido. Aspiré el humo de mi último cigarrillo. Tenía el gusto de la aceptación de crecer.

Ahogarse iba a doler, lo sabía. Pero primero, tenía una casa que quemar hasta los cimientos.